

Algunos Aspectos de la Política Exterior Soviética

Por
Canis VENATICI
Armada de Chile

Así como en la religión, el paganismo es menos peligroso que la herejía, ya que el primero rechaza la verdad en su totalidad y el último mezcla la verdad con la falsedad, el comunismo a largo plazo es más peligroso que el fascismo, precisamente porque el comunismo tiene elementos importantes de tradición democrática, alteradas y pervertidas en la práctica.

Las divergencias políticas existentes entre Occidente y Oriente tienen su fundamento en el persistente conflicto de las ideologías conflicto al cual nadie tiene posibilidades de eludir, ya sea por encontrarse en medio de la vorágine o porque corresponda combatir con energía a toda ideología que se oponga a los derechos inalienables del hombre. En ocasiones este diario combatir se efectúa en silencio, pero lo común es que se desarrolle a la vista de la opinión pública mundial. Esta lucha se libra en todos los niveles de las actividades humanas y cualesquiera sean los colores de raza, lenguas, ambientes socio-económicos. Nosotros, los hombres que estamos convertidos en objetivo de conquista por parte de los ideólogos marxistas, debemos ayudar y colaborar con aquellos que nuestras sociedades han elegido como custodios de todo cuanto estimamos como sagrado y objeto de nuestros desvelos, para protegernos de la demoledora influencia de la ideología marxista, especialmente en aquellos lugares o países en los que el marxismo siembra sus semillas y avanza hacia nuevos puntos de conquista.

Es necesario alentar, sin tener temor a la fatiga y sin pausas, a los vacilantes, a los pusilánimes, a los embaucados, a los ignorantes de que la ideología marxista es lo opuesto a la razón de ser del hombre.

En este trabajo nos referiremos, principalmente, a los variados elementos utilizados por el marxismo soviético para obtener su objetivo final: "proporcionar la felicidad del comunismo a la Humanidad" o, en otras palabras, "la revolución mundial".

Después colocaremos en su correcta perspectiva los logros de la política de poder de la Unión Soviética en el transcurso de la pos-guerra y analizaremos brevemente la situación internacional.

I

El 14 de agosto de 1945 el Japón se rendía incondicionalmente, con lo cual se daba término a la Segunda Guerra Mundial. Nuevamente se obtenía la paz tan ansiada por millones de hombres.

Pero los cambios que se habían venido incubando desde 1917 en las relaciones internacionales, hacían aparecer por vez primera a un nuevo Estado, muy poderoso, que entraba a participar como gran árbitro en el destino de la Humanidad: la Unión Soviética.

Toda esta época de cambios comenzó en forma efectiva desde el Poder, cuando Lenin y sus discípulos se propusieron en 1917 llevar su revolución a todo el mundo industrial, quebrando el orden establecido y reemplazando el capitalismo occidental por el socialismo oriental.

Este antagonismo se hizo muy fuerte debido a la efectiva presión, ya fuere militar o económica, ejercida por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, para obstaculizar la incipiente revolución soviética, de dudosos resultados en aquellos años. El temor occidental fue instintivo hacia la confusa ideología marxista.

En los años veinte, los distintos gobiernos occidentales realizaron esfuerzos desesperados, no siempre coronados por el éxito, para poner en orden su economía y su política, muy a mal traer ya terminada la guerra, con el objeto de proporcionar bienestar a sus pueblos a través de la complicada diplomacia tradicional de la época.

Para los días de agosto de 1945, además de la aparición de la Unión Soviética como potencia victoriosa, se perfilaban otros cambios no menos trascenden-

tales: el ocaso del imperio británico y el agotamiento del imperio francés.

Los analistas sostienen tres teorías respecto al antagonismo estadounidense-soviético. Unos sostienen que Stalin se había propuesto implantar el marxismo no sólo en Europa Oriental, sino también en la Europa Occidental. No hay pruebas concretas de tal propósito sino tan sólo suposiciones.

Otros sostienen el peregrino pensamiento de que los Estados Unidos deseaban rehacer el mundo a su imagen y semejanza.

Ambas posiciones son cómodas y no reflejan exactamente la situación de postguerra en que quedó el mundo tras seis años de sangriento combatir.

Nos queda una tercera posición y que creemos que es la que más se acerca a la realidad.

Se dice que Stalin, ante el peligro mortal que representaba Hitler, maniobró de tal modo para que dos enemigos permanentes se transformaran en dos aliados ocasionales: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Los hombres de Estado occidentales, aunque vislumbraron el peligro, prefirieron ignorarlo, de que fatalmente las divergencias tendrían que renacer con renovada fuerza una vez obtenida la paz.

La Unión Soviética desconfió y seguirá desconfiando, más que eso, seguirá considerando a Occidente como a su mortal enemigo.

Stalin, ante el agotamiento que sufría su país, razonó fríamente en Yalta y Potsdam de que su participación en la guerra en el bando victorioso merecía una excelente recompensa y sin necesidad de exponer a su país a nuevos sacrificios.

Desmanteló a la Alemania Oriental, y sus ejércitos ocuparon "in aeternis" a Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Hungría, la zona oriental de Alemania y, temporalmente, a Austria.

Había conseguido el más sensacional y rotundo de todos los éxitos jamás obtenidos por Rusia: el espacio, tradicional defensa rusa ante la ausencia de defensas naturales.

También cumplía con el propósito de la ideología marxista en el sentido de ex-

tenderse en el radio más amplio posible a partir de su punto de origen: Moscú.

Y esto último lo han cumplido los soviéticos con dramática severidad. Checoslovaquia, tras la violenta caída de Benes, se transformó en una "democracia popular" marxista.

Los soviéticos no permitirían los desviacionismos a estos países satélites. Cualquier intento nacionalista para independizarse y seguir su propio camino al socialismo sería reprimido con exagerado y cruento rigor.

¿Ejemplos? Hay muchos y nunca será inútil o malgastado el tiempo que se ocupe en recordarlos: junio de 1953 en Alemania Oriental, junio de 1956 en Polonia, octubre de 1956, también en Polonia, octubre de 1956 en Hungría, agosto de 1968 en Checoslovaquia.

Gracias a la hábil propaganda marxista, las intervenciones militares soviéticas han aparecido ante la opinión pública mundial como necesarias y convenientes, para proteger los intereses comunes del bloque oriental.

II

Ocurre muy a menudo y por extraña paradoja, que el carácter inalterable de la política exterior soviética escapa a la observación de los analistas. Siempre hay políticos y hombres de Estado que consideran la política soviética como algo insondable y llena de misteriosos irracionismos.

Nos parece posible sostener que la política soviética, la que obviamente incluye la de sus satélites, se caracteriza por su fascinante congruencia y unidad de propósitos.

Siempre ha sido así y seguirá siéndolo.

Otro elemento importante es que los hombres de Estado de la órbita soviética están tan fanáticamente convencidos de la rectitud de sus creencias, que anuncian sus objetivos e intenciones con una franqueza casi rayana en lo brutal.

Lo sensible es que todas estas manifestaciones oficiales marxistas, no siempre se pesan con la debida seriedad por parte de sus oponentes o víctimas eventuales, olvidando que un claro y preciso conocimiento del adversario puede prote-

gerlos de decisiones equivocadas. Es necesario conocer la mentalidad de los marxistas y su ideología y que ellos consideran el medio, no sólo para procurar convencernos de cómo es el mundo, sino también de cómo cambiarlo.

De acuerdo a lo anterior, es indudable que la ideología marxista continúa constituyendo la base de todas las decisiones trascendentales que se adoptan y ordenan desde el Kremlin.

Acerca de esto hay observadores que muestran discrepancias en un controvertido punto: de si la política exterior soviética continúa cimentada fundamentalmente en la ideología marxista, o si está basada, fría y calculadamente, en el servicio de los intereses imperialistas soviéticos.

Creemos que es razonable pensar que la política exterior soviética está por igual, al servicio de ambos intereses.

No hay que olvidar que para que una política tenga éxito, y esto es válido para todos los países de Occidente, ha de ser firme y tenaz, y no dudar en obtener el éxito en la consecución de sus propósitos. La fuerza e intensidad, y en última instancia, los resultados de esta política, dependen de la capacidad del propio gobierno y de todos los factores que lo constituyen: su potencial económico, militar, tecnológico y de aquellos elementos condicionantes externos, tales como la situación geográfica y las intenciones de los aliados y, por supuesto, de los enemigos.

Advertimos el peligro que corre el político y el hombre de Estado: es que ante una situación dada, sintetiza las relaciones entre la política y sus fines, de modo subjetivo.

Este hombre debe analizar cuidadosamente si el fin deseado es posible alcanzarlo, y entre las diversas y variadas soluciones eventuales, elegirá aquella que considere la más adecuada para servir a sus propósitos.

Es indispensable tener siempre presente que la política se basa en cierta escala de valores fundamentales para el hombre, y que son los cimientos que contienen los últimos objetivos previstos, siendo esta escala de valores diferente para Occidente y Oriente.

Por lo tanto las organizaciones partidistas marxistas, estén o no en el Poder,

seguirán fieles a los dogmas marxistas y la política de ellos seguirá fuertemente dominada por el elemento ideológico.

Los valores y objetivos últimos de la ideología marxista irradiada desde Moscú y que implica la colaboración directa y obligada de todos sus países satélites y de cada partido comunista local, es posible conocerlos por cuanto ellos nos los presentan en forma abierta para que podamos apreciar sus efectos a través de innumerables documentos básicos, estatutos y programas del partido y, especialmente, su trabajo activo dentro de las Universidades y penetración en los círculos intelectuales, y que en su conjunto, constituyen el elemento ofensivo de los marxistas.

III

El análisis de la situación política internacional a partir de 1917 nos indica que los objetivos soviéticos han permanecido constantes. Sin embargo, no faltan quienes sostienen equivocadamente que tras las alambradas de la Cortina de Hierro se han producido cambios que podrían significar un acercamiento a Occidente y que las regiones en que podría implantarse el marxismo se han limitado. Profundo error.

Es obvio que se han producido cambios formales en la difusión e implantación del marxismo desde 1917, pero esto en ningún caso modifica el hecho de que el marxismo, en los países en que se encuentra dueño del Poder, insiste inalterablemente en el papel dominante que al partido le corresponde, y los grupos disidentes son reincorporados con celeridad y rigor al rebaño.

Los marxistas adaptan de tal modo los elementos más importantes de su ideología, de tal manera que siempre puedan hacer frente a las reacciones que decidan efectuar sus adversarios.

De esta forma, las organizaciones marxistas que no han logrado obtener el poder total, se adaptan a la situación existente para propiciar la transformación político-social de los países afectados hacia el "socialismo marxista", sin modificar en lo más mínimo sus programas y reales propósitos de absorción.

Así también, no abandonan en ningún instante su liderazgo del movimiento de "recuperación social" y sus implicancias económicas, a pesar de que se ha demostrado en innumerables ocasiones, la total y absoluta ineficacia del modelo económico marxista.

Todo análisis de la política exterior soviética debe fundamentarse en el hecho cierto en que las concepciones políticas, económicas y sociales son entendidas de modo diferente, y hasta cierto punto opuesto, por los marxistas y los no marxistas.

Siendo los marxistas dueños de una dialéctica altamente desarrollada, explotan estas dificultades de comprensión para obtener los mejores resultados, considerando el hecho de que la opinión pública tiene un interés permanente en estar informada a través de los diversos medios de difusión, sintiéndose ésta confundida al no disponer de una clara y precisa explicación de las discrepancias conceptuales existentes para un mismo término.

En apariencia esto puede parecer baladí. Sin embargo no lo es, por cuanto hay palabras que expresan significados diferentes y a veces hasta opuestos. En las relaciones internacionales las palabras juegan un papel importante, y hasta ahora los países de Occidente han sido víctimas de las acciones de tergiversaciones llevadas a cabo por los marxistas.

Hay dos palabras en la política exterior soviética cuya significación es imprescindible para Occidente, en su afán de comprender el cariz avezado de ella: Ideología y coexistencia.

En un comienzo, el término "ideología" fue de contenido puramente filosófico, pero su actual destino está relacionado con un conjunto de elementos cuya explicación necesita la afirmación de una inseparable, y a la vez nebulosa, amalgama de proposiciones teóricas.

A partir de 1917 hay dos sistemas de gobierno, sociedad, economía, fundamentados en opuestas escalas de valores.

Ahora bien, toda la estructura gubernamental soviética está basada en la ideología marxista-leninista y cuya síntesis es:

"Toda ideología constituye una falsa convicción cuando está formada por con-

ceptos idealistas y burgueses; es verdadera cuando se hace eco de los conceptos del materialismo histórico. Todo conocimiento político neutral hay que rechazarlo por considerársele ideológicamente falso y acusado de aprehender tan sólo la superficie de la realidad". Y de acuerdo a lo anterior, éste es quizás el motivo principal por el que la definición del concepto de coexistencia, en los países marxistas, es opuesto al de los países de Occidente.

La coexistencia es sólo una fase muy transitoria para los marxistas, ubicada en algún punto muy movable del camino hacia el "socialismo"; se caracteriza por una competencia pacífica que se libra en todos los terrenos, entre dos mundos, evitando en lo posible todo enfrentamiento militar.

Pero esta coexistencia no inhibe a los soviéticos a patrocinar encubiertamente cruentas revoluciones o intervenir en algunos casos que podrían conducir a una guerra de carácter limitado y que a los soviéticos tanto les agrada denominar "guerras nacionales de liberación".

En general, es posible manifestar que los soviéticos evitan el enfrentamiento militar con los Estados Unidos y que al mismo tiempo procuran que las guerras de carácter limitado no se desborden.

Ahora bien, en el aspecto ideológico no existe la coexistencia tal como la entendemos los occidentales y en este punto los soviéticos son veraces. La coexistencia implica un conjunto de relaciones de buena armonía y es conocido el hecho de que los soviéticos faltan al cumplimiento de sus obligaciones al incitar a la subversión en toda oportunidad que se les presente.

Para los soviéticos la coexistencia es altamente positiva, por cuanto les permite superar las barreras del temor y del miedo en los países occidentales, penetrando especialmente en las mentes de la clase obrera, así como en las capas de los intelectuales.

En síntesis, la coexistencia es para los soviéticos el requisito previo o la antesala para llegar a una gradual maduración de las condiciones que sean favorables para llevar a cabo su "revolución".

La política exterior soviética se desenvuelve en dos planos diferentes, ya que

los marxistas gozando de las ventajas del Poder utilizan tanto sus organismos gubernamentales como la maquinaria de los movimientos marxistas locales, pero tienen sumo cuidado en mantener separados estos dos planos, para aparentar un respeto a la ley y costumbres de Occidente.

En el primer plano se actúa con sujeción a las más estrictas normas legales —admitiendo las propias y muy particulares interpretaciones que hacen los marxistas de la ley— en tanto que en el segundo plano, la confusa trama de las organizaciones marxistas locales les permite influir en la política doméstica y en la concientización política de los ciudadanos de esos países, bajo los más diversos y extraños encubrimientos, sin que los aparatos marxistas que ejercen estas influencias se hagan responsables de ella ni tampoco se les puedan aplicar sanciones legales por incitar a la subversión.

Esta bicéfala naturaleza de la política exterior soviética ha sido cultivada con mucho esmero, elevándola a un sorprendentemente alto grado de eficacia por los partidos marxistas que se encuentran en el Poder. Antiguamente, y de esto hace unos tres decenios aproximadamente, las relaciones entre los diferentes Estados era llevada y sostenida por los diplomáticos, a exclusión de los aspectos comerciales y culturales. En casos necesarios, los diplomáticos prestaban ayuda en estos dos campos, pero por norma preferían abstenerse.

En cambio, los marxistas sustentan un principio absolutamente diferente: Para ellos no hay ningún campo que sea extraño a la ideología marxista, de lo que se desprende que no hay actividades humanas ajenas a la política y por lo tanto todos sus actos han de estar encuadrados dentro del término "partidista".

Los marxistas aplican el principio según el cual toda actividad y quehacer humano ha de tener, obligadamente, un fundamento ideológico y político y esto da lugar a una profusa y rápida multiplicación de los principios y procedimientos que los marxistas pueden utilizar en sus relaciones con los otros Estados, y también debemos admitir que los marxistas explotan estos medios con una maquiavélica habilidad y constancia.

Lo anterior no significa que los soviéticos no utilicen la diplomacia tradicio-

nal; lo han hecho y lo seguirán haciendo, sin abandonar las relaciones económicas, culturales y las sicopolíticas, siendo esta última la más importante para ellos, por cuanto ésta les permite diseminar informaciones a través de sus aparatos de agitación y propaganda para alcanzar los objetivos de su política exterior. Sin abandonar el aspecto diplomático, es necesario recordar que la función de la diplomacia es establecer relaciones con otros Estados, mantenerlas y, en lo posible, aumentarlas. Todo ello tras el objetivo supremo de mantener la paz.

En el caso de los soviéticos, éstos tratan de mantener una buena imagen ante la opinión pública mundial realizando esfuerzos aparentes, sosteniendo un diálogo con los Estados Unidos a nivel de gobierno, pero al mismo tiempo no abandonan sus esfuerzos para tratar de convencer al pueblo estadounidense de la bondad del sistema político marxista. Los soviéticos piensan que al fin y al cabo los destinatarios de una y otra actividad de presión sicopolítica son diferentes. Los diplomáticos soviéticos mantienen relaciones satisfactorias con los hombres de Estado de Occidente pero sus métodos no ortodoxos van dirigidos implacablemente al hombre de la calle, a los grupos sociales insatisfechos de cualquier nivel, ya sean obreros, universitarios o intelectuales.

Se habla de "desinformación" y de la especial importancia que ella reviste, por tratarse de una actividad de información deliberadamente dirigida a concientizar e influir en su receptor de modo decisivo. Gracias al empleo de estos variados y efectivos métodos a que nos hemos referido, la Unión Soviética obtiene un beneficio político inmediato —como por ejemplo la subyugación política de otros Estados, a través de la ayuda militar, tecnológica o comercial— y un beneficio político indirecto, derivado de la concientización del adversario.

Marx sostuvo que las ideas se convierten en fuerza política tan pronto penetran en la mente de las masas.

La falsa alternativa entre la coexistencia y la guerra es otro claro ejemplo de la tan eficaz como peligrosa desinformación. Es obvio que la alternativa de la paz es la guerra y, a la inversa, la alternativa de la guerra es la paz y no la coexistencia como lo sostienen los soviéti-

cos. Estos actúan lentamente, haciendo de un variado y persistente ataque y apaciguamiento, sin permitir que los principios políticos de los hombres de Estado adversarios los hagan alejarse de la ruta propuesta.

La desventaja principal de los occidentales es que no disponemos de una red de organizaciones políticas en los otros países, activas y políticamente controladas a distancia, capaces de difundir propaganda y de llevar a cabo campañas de agitación con una fuerza siquiera similar a la de los medios de presión psicológica masiva de los soviéticos. Es útil, si no imprescindible, que los organismos de difusión de noticias del Estado dispongan de especialistas con amplios y profundos conocimientos y experiencia, que presten una efectiva ayuda en los análisis, evaluación y asesoramiento ante cualquier problema que se presentare.

Es evidente que de nada servirán estos especialistas si ese gobierno no hiciera pleno uso de ellos y con su ayuda diese detallada y, sobre todo, inmediata respuesta a los alegatos, acusaciones e insinuaciones difundidas por los marxistas con la finalidad de perjudicar la estabilidad interna y externa de nuestros países.

No hay que olvidar, y en muchas ocasiones lamentablemente así ha ocurrido, que la habilidad, la intuición en la improvisación y la imaginación no son suficientes por sí solas para solucionar los problemas de la política exterior cuando se enfrenta a los marxistas.

Siempre los marxistas han dado sus batallas para subyugar a los pueblos libres, a partir de 1917, fuera de sus fronteras. Todos los problemas políticos internacionales a partir de ese año, han sido problemas suscitados generalmente por ellos fuera de sus propias fronteras.

La concepción marxista de la bipolarización del mundo en "zonas de conflicto" y "zonas de paz" los favorece únicamente a ellos. El marxismo ha definido clara y precisamente sus reglas del juego que han sido aceptadas inocentemente por Occidente, el que se ha visto obligado a aceptar sin ninguna discusión las fronteras físicas de la "zona pacífica", la que geográficamente representa toda la órbita soviética, mientras que los comunistas implícitamente dan por sentado que la batalla será dada únicamente en

el área aún no dominada por los soviéticos, esto es, en Occidente.

La coexistencia significa que los occidentales debemos permanecer pacíficos mientras los soviéticos así lo deseen. Una vez reconocida la esencia ideológica de la política exterior soviética, se podrá comprender fácilmente que ninguna clase de flexibilidad, reuniones internacionales del más alto nivel, comercio con los países del Este o un intenso intercambio cultural, podrá disuadir a los grandes jerarcas marxistas de llevar adelante sus planes.

El marxismo es eminentemente una enfermedad de la mente y es por esto que ha tenido tanta influencia entre los elementos pseudo intelectuales de la sociedad occidental, apela a sus principios anti-religiosos y anti-capitalistas y actúa con

inusitada energía sobre sus frustraciones y odios interiores.

Este análisis no ha tenido otro fin que el de refutar la extendida idea de que se han producido cambios importantes en los objetivos que se han propuesto los marxistas alcanzar. Sean cuales fueren los cambios que hayan experimentado en los métodos empleados para la consecución de dichas finalidades, debemos reconocer que el marxismo sigue siendo tan peligroso como en cualquier tiempo pasado.

El marxismo sigue amenazando al mundo libre, sigue animado con el propósito de incorporar nuestros países a su dominio y de conquistar a nuestros pueblos y no hay el más leve indicio de que estas ambiciones imperialistas se alteren un ápice en el futuro inmediato.

